

**VER:**

En más de una ocasión, ante una situación difícil o una desgracia, hemos oído o nos han dicho directamente: “Si Dios existiese, no pasarían estas cosas”. O también: “Si Dios es Todopoderoso, ¿por qué ocurre esto?” Quizá incluso a nosotros mismos nos han venido estos pensamientos, porque las circunstancias de la vida, sobre todo las más dolorosas, nos llevan a cuestionar a Dios y a “pedirle explicaciones” o una demostración palpable de su poder.

**JUZGAR:**

El primer domingo de Cuaresma nos recuerda que la gran tentación del ser humano, recogida ya en los relatos de los primeros capítulos del Génesis, ha sido y es la de desconfiar de Dios. Una tentación de la que, por supuesto, no estamos libres quienes nos llamamos cristianos; y así, de manera más o menos directa, también nos convertimos en “tentadores” del Señor, para que actúe como nosotros pensamos que debe hacerlo. Por ejemplo, como hemos escuchado en el Evangelio: *Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan*. Si eres Hijo de Dios, ¿por qué permites que muera la gente de hambre y haya tanta pobreza y tanto paro? Acaba con eso de una vez.

*Si tú te arrodillas ante mí, todo [el poder y la gloria] será tuyo*. ¿Por qué la Iglesia, y nosotros como sus miembros, está perseguida en muchos lugares, o es despreciada o simplemente ignorada? ¿Por qué hay que aguantar burlas y blasfemias? ¿Por qué no actúas con dureza contra quienes la atacan?

*Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: “Encargaré a los ángeles que cuiden de ti”*. Si eres Hijo de Dios, ¿por qué aunque creemos en Ti nos ocurren cosas malas, o sufrimos enfermedades y accidentes? ¿Por qué no nos proteges para que podamos vivir tranquilos y seguros?

Son preguntas muy lógicas, pero para las que no encontramos una respuesta que nos satisfaga; y por eso, podemos quedarnos en una resignación fatalista, o incluso decidimos prescindir de Dios.

Pero el Señor sí que nos da respuesta a esas preguntas, aunque no sea la que nosotros quisiéramos, y el tiempo de Cuaresma nos ofrece la oportunidad de “avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud” (Oración colecta). Y ante nuestras preguntas “tentadoras”, Él nos sigue respondiendo:

*No sólo de pan vive el hombre*. ¿Sólo nos fiamos en el “hambre” material? ¿No pensamos en otras “hambres”: de justicia, de amor, de sentido... hambre de Dios? ¿Hacemos algo al respecto? Y frente al hambre y la pobreza material, ¿conocemos la Doctrina Social de la Iglesia, que recoge lo que Dios ha dicho frente a esas situaciones? ¿Somos generosos y solidarios con los más desfavorecidos, o esperamos que se produzcan soluciones mágicas sin comprometernos nosotros?

*Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto*. Si pensamos que desde el poder y la gloria se consiguen resultados, tendríamos que recordar cuál ha sido y es el estilo de actuar de Dios, que no ha sido el del poder y la fuerza, sino el que San Pablo recoge en la carta a los Filipenses y que si queremos ser discípulos suyos también debemos asumir: *Tened los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios. Al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos...* (Flp 2, 5-7)

*Está mandado: “No tentarás al Señor tu Dios”*. El sufrimiento, la muerte... cuestionan nuestra fe en Dios porque creemos que es como un “seguro de vida”, pero tendríamos que recordar que Jesús, siendo el Hijo de Dios, quiso someterse *incluso a la muerte, y una muerte de Cruz* (Flp 2, 8) por nosotros, para que aun en esas situaciones sigamos confiando en Él, porque como dice la Carta a los Hebreos: *Por eso tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos... como Él mismo ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella* (Hb 2, 17-18).

**ACTUAR:**

La gran tentación del ser humano es desconfiar de Dios y cuestionarle porque su actuar no se ajusta a nuestros criterios. Frente a esta tentación, la Cuaresma es un tiempo propicio para que, con nuestra oración, ayuno y limosna, podamos profundizar en nuestra fe. Aprovechémosla para “avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud”, porque como recordaba san Pablo en la 2ª lectura, “nadie que cree en Él quedará defraudado”.